

«Yo no pienso
no existo.
A veces me sucede sentir,
y entonces
por un momento
existó..»

Ricardo Lindo



Sábado 28 de noviembre de 2009

1029

Suplemento Cultural Tres Mil
Diario **Co Latino**
MÁS DE UN SIGLO DE CREDIBILIDAD

| FUNDADO EL 24 DE MARZO DE 1990 |
| AÑO DIECINUEVE | SEGUNDO CENTENARIO |
www.diariocolatino.com

A 29 años del asesinato de Enrique Alvarez Córdova
y los dirigentes del FDR

Conmemorando al «burgués bueno»

**Augusto
Crespín**

Retrospectiva:

La Lectura
de las Ideas
1970-2009

Sala Nacional de Exposiciones «Salarrué» | Parque Cuscatlán |
Del 9 diciembre 2009 al 17 enero 2010

Augusto Crespín: El drama y la mediocridad, 1988



SI HAY DESAPARECIDOS NO HAY PAZ

¿DONDE ESTÁ ARQUÍMIDES CRUZ?

Ante la memoria de los mártires del Frente Democrático Revolucionario

Álvaro Darío Lara | Escritor y académico salvadoreño

Noviembre —como muchos de los meses en El Salvador— es tiempo propicio para recordar la memoria de las y los caídos por la defensa de la justicia y la libertad del pueblo. Hemos conmemorado recientemente el 30 aniversario del asesinato de los seis

sacerdotes jesuitas y de sus colaboradoras el pasado 16 de noviembre. Y desde luego, el 20 aniversario de la ofensiva del 11 de noviembre de 1989, que pese a sus dramáticos costos humanos, presionó hacia la salida negociada del conflicto.

Ignacio Ellacuría, Segundo Montes, Ignacio Martín Baró, Amando López, Juan Ramón Moreno, Joaquín López y López, Julia Elba y Celina Ramos, son algunos de los miles y miles de salvadoreños que pagaron con su sangre su acompañamiento y fidelidad al pueblo salvadoreño, desde su excepcional testimonio de cristianos comprometidos con su fe y su tiempo histórico. Su martirio constituye un referente inequívoco del grado de maldad que puede anidar en el corazón de los poderosos, y por consiguiente, del grado de amor, de aquellos y aquellas que no dudan en ofrecer sus talentos y virtudes en pro de todo lo que significa la vida, en su dimensión más plena.

Como bien ha expresado —a través del tiempo— la Compañía de Jesús en el país, no podrá existir auténtica reconciliación nacional, si la verdad en este caso, y en tantos otros, no es asumida de forma responsable, esto es: reconociendo el daño ocasionado y siendo consecuentes con la reparación hacia la memoria de las víctimas y hacia sus familiares. Por supuesto, que esto exige al más alto nivel, una disculpa pública del Estado Salvadoreño, y un análisis serio de las recomendaciones efectuadas por los tribunales internacionales de justicia. De hecho, el seguimiento del caso por tribunales españoles, no sólo refuta en la praxis, el nefasto sistema judicial prevaleciente en el país, sino que además, pone en evidencia que la justicia —ahora también global— no puede continuar ciega y sorda frente a ex presidentes de la república y ex funcionarios con gravísimas responsabilidades en este y otros casos.

Noviembre también nos ha traído al recuerdo, la masacre de los dirigentes del Frente Democrático Revolucionario, ocurrida en 1980.

Ese 27 de noviembre de 1980 fueron secuestrados, torturados y luego asesinados: Enrique Álvarez Córdova (Ingeniero, ex Ministro de Agricultura y Presidente del FDR), Juan Chacón (Secretario General del Bloque Popular Revolucionario), Enrique Escobar Barrera (Miembro del Movimiento Nacional Revolucionario), Manuel de Jesús Franco Ramírez (Miembro de la Unión Democrática Nacionalista), Humberto Mendoza (Miembro del Movimiento de Liberación Popular) y Doroteo Hernández (Dirigente de la Unión de Pobladores de Tugurios). Sobrevivieron a esta masacre, por no encontrarse en la reunión, Leoncio Pichinte de las Ligas Populares 28 de Febrero y Juan José Martel, del Movimiento Popular Social Cristiano.

Todos estos patriotas fueron sacados violentamente del Colegio Externando de San José, de acuerdo a una planificada operación, en el mejor estilo de los cuerpos paramilitares o escuadrones de la muerte, que funcionaban en complicidad con los llamados cuerpos de seguridad del régimen de

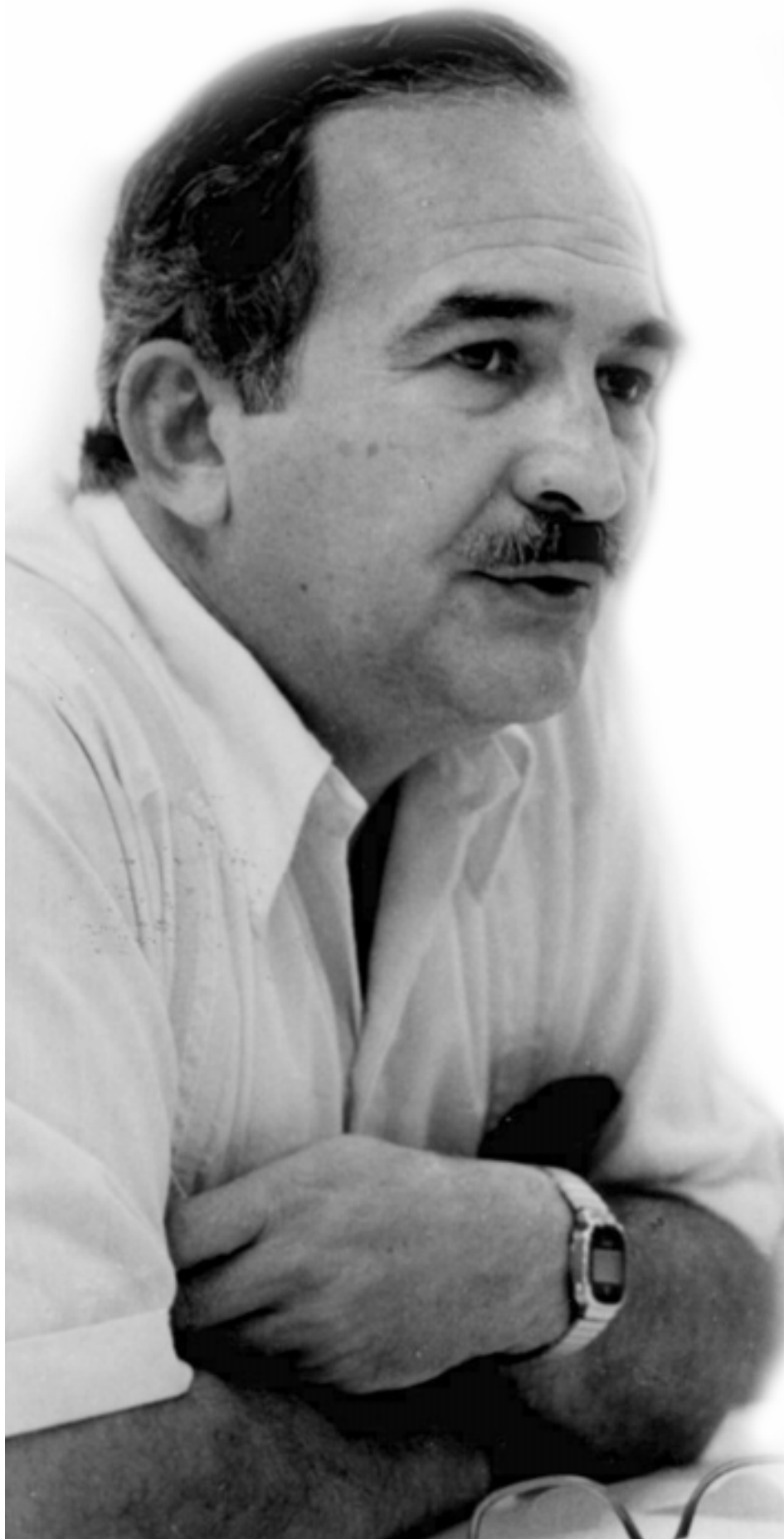


Guillermo Manuel Ungo (1931-1991), líder carismático del FDR que mantendría una alianza estratégica con el FMLN hasta el final de la guerra.

la junta cívico-militar presidida por José Napoleón Duarte. De hecho, el Informe de la Comisión de la Verdad concluye que la ex Policía de Hacienda, efectuó un operativo de seguridad, tendiente a garantizar el desarrollo de la criminal acción.

Posteriormente, la mayoría de los cadáveres fueron localizados a inmediaciones de la ciudad de Apulo, jurisdicción de Ilopango, con la finalidad —de acuerdo al citado Informe de la Comisión de la Verdad— de disminuir la presión nacional e internacional que el secuestro había despertado. La Brigada Anticomunista «General Maximiliano Hernández Martínez» —un escuadrón de la muerte de la época— se responsabilizó de la masacre.

1980 fue uno de los años más violentos en toda la historia política del país: el 22 de febrero, el dirigente democristiano y Procurador General de la República, Mario Zamora, es asesinado al interior de su propia residencia; el 19 de marzo, miembros de la Fuerza Armada masacran a los humildes habitantes de la comunidad San José Palo Grande, departamento de Cuscatlán; el 24 de marzo, un francotirador termina con la vida física del arzobispo metropolitano Monseñor Óscar Arnulfo Romero y Galdámez; el 14 de mayo ocurre el genocidio del río Sumpul, perpetrado por el Destacamento Militar N° 1, de la Guardia Nacional y de la criminal Organización Democrática Nacionalista, ORDEN; el 29 de mayo, ocurre la masacre de San Francisco Guajoyo, departamento de Santa Ana, a manos de los cuerpos de seguridad y de la Fuerza Armada; el 23 de julio, se lleva a cabo la masacre de Tehuicho en el depar-



Enrique Álvarez Córdova (1930-1980)

tamento de La Libertad, con un saldo de 13 civiles ejecutados por paramilitares; el 29 de octubre es asesinado el Rector de la Universidad de El Salvador, Félix Antonio Ulloa; en noviembre masacran a la dirigencia del FDR y el 2 de diciembre, apenas unos días después, miembros de la Guardia Nacional detienen, golpean, violan y asesinan a cuatro religiosas norteamericanas: Ita Ford, Maura Clarke, Dorothy Kazel y Jean Donovan.

Toda esta barbarie desatada por los cuerpos represivos del régimen de la junta militar demócrata-cristiana y de las organizaciones paramilitares de la extrema derecha, tenían como único fin: aplicar el terror de Estado al movimiento popular, para pretender desarticularlo. Hay que recordar que el 22 de enero de 1980, la recién formada Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM), realiza en conmemoración del 48 aniversario del levantamiento de 1932, una gigantesca manifestación que atemoriza al régimen y a la oligarquía. Esta manifestación es reprimida, pero su señal es clara: la lucha armada es el siguiente paso, más enérgico ahora, después del fracaso del gobierno cívico-militar instalado a raíz del golpe de estado del 15 de octubre de 1979.

El Frente Democrático Revolucionario nace el 18 de abril de 1980 con un espectro de fuerzas políticas, mucho mayores y más significativas -lógicamente- que los esfuerzos de concertación revolucionaria anteriores (por ejemplo, el Foro Popular, integrado al gobierno de la primera junta revolucionaria)

El FDR fue el resultado de una inteligente integración entre los partidos políticos de tradición opositora, la Universidad de El Salvador, la Universidad Centroamericana «José Simeón Cañas» (como observadora), asociaciones, sindicatos y los frentes «abiertos» de las organizaciones político-militares, aglutinados en la Coordinadora Revolucionaria de Masas. La integración de la CRM es clave en este proceso.

Dos hechos históricos son altamente significativos además: la creación de la Dirección Revolucionaria Unificada (DRU), por parte de cuatro organizaciones político-militares, el 22 de mayo de 1980, y finalmente, la formación del FMLN, el 10 de octubre de 1980.

Indudablemente la actividad del FDR a lo largo de ese convulso 1980 había enfatizado el trabajo internacional. Se estaba construyendo y avanzando en el importantísimo tejido diplomático que oxigenara el movimiento revolucionario interno, que ya se dirigía a iniciar una nueva etapa: la guerra popular. Esta es la coyuntura en que ocurre el retorno al país de importantes dirigentes del FDR, cuya misión al interior, es avivar el proceso, que es visto con muchísimo optimismo. De hecho, se piensa en una rápida victoria militar, que lleve a la conformación de un nuevo gobierno. Este es el escenario, donde se produce la masacre de los dirigentes del FDR.

29 años después recordamos su ejemplo, su testimonio inobjetable de patriotas y de revolucionarios. Los que procedían del



«Enrique Álvarez Córdova fue un visionario en términos políticos, y un hombre solidario y humano hasta el tuétano.»

pueblo mismo, y a la tierra de Cuscatlán regresaron; el que venía de las entrañas mismas de la oligarquía, cuya extracción de clase distaba mucho del resto de los masacrados, pero que optó por los más desfavorecidos y explotados, Enrique Álvarez Córdova (1930-1980), caficultor y ganadero, miembro de una de las familias más acaudaladas del país, alto ejecutivo de la banca y del empresariado nacional, ex funcionario de los gobiernos del general Fidel Sánchez Hernández y del coronel Arturo Armando Molina. Tres veces Ministro de Agricultura y Ganadería. La última vez, del gobierno de la primera junta revolucionaria.

Enrique Álvarez Córdova fue un visionario en términos políticos, y un hombre solidario y humano hasta el tuétano. Su asesinato -emblemático- manifestó todo el odio de la oligarquía y burguesía nacional ante uno de sus miembros que tuvo la valentía de abrazar a los desposeídos y renunciar a los privilegios de la clase de la que provenía. Un vespertino de la época, consignó en la nota informativa de su asesinato, lo siguiente: en una de las bolsas del pantalón de Álvarez Córdova fue encontrado un llavero, con la siguiente leyenda: «Sandino ayer, Sandino hoy, Sandino siempre». ¿Qué símbolo más evidente veremos para dimensionar a un verdadero



"Sumpul" (1984) Fue el primero, y quizás el único, de los reconocidos artistas salvadoreños que comprometió su futuro artístico para denunciar las sanguinarias masacres perpetradas por el complejo militar-oligárquico durante la guerra civil salvadoreña. La pintura como denuncia social era algo raramente visto antes del conflicto, pero haciendo a un lado la abstracción, Carlos Cañas plasmó la masacre en el río Sumpul, departamento de Chalatenango, ocurrida en 1980. Debido a que los medios de comunicación social eran y siguen estando en poder de un grupúsculo, el pueblo salvadoreño ignoraba este sangriento suceso que Carlos Cañas inmortalizó con esta elocuente escena de una montaña de cuerpos inertes, retorcidos y desolados... los masacrados fueron ancianos, mujeres y niños... Tomado de <http://www.cuscatla.com/carloscañas.htm>

hombre de principios revolucionarios?

Tras el asesinato de la primera dirigencia del FDR, éste se reconstituye. Es así como el doctor Guillermo Manuel Ungo del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) es elegido como presidente, iniciando un nuevo período para esta organización, donde se producirá la alianza histórica entre FDR-FMLN, que prevalecerá durante la mayor parte del conflicto nacional.

Durante décadas los procesos democráticos fueron abortados por los militares y por la oligarquía. La guerra justa y popular, quiso ser detenida mediante el terror, pero ésta era ya una realidad que nadie podía evitar. Tardíos e ingenuos, aunque quizá, en algunos casos, bienintencionados, fueron los intentos de los mismos sectores civiles y democráticos que animaron la proclama del 15 de octubre de 1979. Tardíos, porque en el país las contradicciones reales que anunciaban la lucha armada eran inobjetable; ingenuos, porque el movimiento procedía más como «un paliativo» desde el sistema, que como una verdadera alternativa. Y en El Salvador de 1979-1980, las ansiedades del reformismo habían sido ya liquidadas desde la década del 70. Era claro que ni la oligarquía, ni el ejército -fundamentalmente retrógrado- iban a acompañar la «vacuna», que se ensayó contra el movimiento revolucionario, entre octubre y diciembre de 1979. Lo que sí fue real, es la guerra revolucionaria, que se extendió más de una década, y que se inició y terminó prácticamente con una ofensiva guerrillera, que al final demostró: la legitimidad y fortaleza de la lucha del pueblo salvadoreño y la necesidad urgente de terminarla con acuerdos políticos.

Ante la memoria de los mártires de muchos noviembreros en El Salvador, parece ahora más que nunca oportuno, recordarlos en este nuevo escenario, inédito en nuestra contemporánea historia, y por lo mismo, urgido de evidentes signos que demuestren la necesaria conexión entre un gobierno elegido por una grandiosa esperanza popular, y el rostro mayoritario de esa población que espera, que ese gobierno responda preferentemente a los intereses mayoritarios, y no a los centros del poder económico local e internacional. Un gobierno que se aparte de los desafortunados ejemplos del presidencialismo que tanto ha signado nuestro pasado reciente. Un gobierno que escuche a la población efectivamente, no sólo a los círculos de allegados y tecnócratas que interpretan la realidad, por la vía de las cifras, y no por la vía del contacto popular. Un gobierno que limpie la casa de los compadrazgos del pasado y del presente, que pretendan continuar corrompiendo la cosa pública. Un gobierno, en definitiva, que atienda inteligentemente la preocupación y ansiedad del pueblo, que se conduzca con respeto y prudencia respecto al partido que lo llevó al poder. Es decir, un gobierno de principios, digno heredero de la sangre de tantos mártires que fecundan el suelo de esta Tierra Azul donde el Venado Cruza. Una tierra que espera y merece un mejor porvenir.

Mártires de la UCA, del reconocimiento a la revolución

Luis Alvarenga | Poeta y escritor. Director de la Revista Cultura.

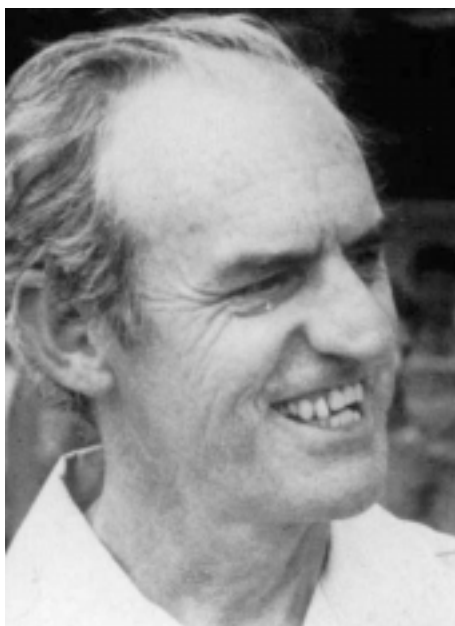
Hay que valorar la trascendencia política, social y cultural que tiene el acto de reconocimiento de parte del gobierno a los mártires de la UCA. Pensemos en la relevancia que tiene precisamente eso, el reconocimiento. Tras el reconocimiento en cuanto tal, hay matices importantes. Sobre esto, plantea Joel Anderson, en su prólogo a *La lucha por el reconocimiento*, de Axel Honneth, lo siguiente. «Tal como las luchas sociales de las últimas décadas lo han aclarado, la justicia demanda algo más que la mera distribución justa de los bienes materiales. En el caso de que hubiera conflictos de intereses que estuvieran justificados, una sociedad seguiría estando aquejada de una deficiencia normativa en la medida en que a sus miembros se les niegue el reconocimiento que merecen. Frecuentemente, se les ha negado sistemáticamente el reconocimiento al valor de la cultura y de las formas de vida, al valor como personas y a la inviolabilidad de la integridad física de los miembros de los grupos marginados y subalternos. De forma más impactante en las políticas identitarias, las luchas de estos grupos por el reconocimiento han terminado por dominar el panorama político»

Podríamos disentir con lo anterior, en el sentido de recalcar que también la «mera distribución justa de los bienes materiales» resulta cardinal para la justicia, sin caer, por ello, en reduccionismos económicos de las luchas sociales. Lo interesante de la cita es que tras la lucha por el reconocimiento está la lucha por el reconocimiento de la dignidad humana. El reconocimiento oficial de la dignidad de las víctimas de la matanza del 16 de noviembre de 1989 implica romper con una tradición, también oficial, de negación sistemática de estas víctimas. De negación o, aún más peligroso, de relativización del dolor de dichas víctimas.

Los responsables y los beneficiarios de la impunidad se han negado sistemáticamente a avanzar en el reconocimiento de la dignidad de las víctimas. Utilizaron el aparato diplomático del país para proteger a los victimarios y se burlaron de las sentencias de organismos internacionales como la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Uno de sus argumentos preferidos es que acciones como: a) recordar a las víctimas; b) pedir perdón y c) hacer justicia es «abrir heridas». Las heridas están abiertas y no precisamente del lado de ellos. Lo que sí hacen el recordar, reconocer y reivindicar a las víctimas es abrir posibilidades para el país.

Como decía Pedro Geoffroy Rivas en su poema «Vida, pasión y muerte del Antihombre», «Vivimos* sobre una base falsa, cabalgando en el vértice de un asqueroso mundo de mentiras». Podríamos decir que la base de ese mundo mendaz es la impunidad, que no es otra cosa que la perpetuación del dolor de las víctimas, día a día.

Puede decirse, y creemos que con justa razón, que «más que condecoraciones, necesitamos saber la verdad sobre el asesinato



Ignacio Ellacuría (1930-1989)

de los sacerdotes jesuitas» (<http://pijazo.blogspot.com/2009/11/mas-que-una-condecoracion-necesitamos.html>). Esto se dice desde la experiencia de reiteradas burlas del Estado salvadoreño a la dignidad de las víctimas. Una de ellas tuvo lugar cuando el ex canciller Francisco Laínez se limitó a dar una «disculpa» vaga en nombre del gobierno de Elías Antonio Saca, cuando hubo antes un compromiso de crear una comisión para indagar las desapariciones de niños y niñas durante el conflicto.

Sin embargo, entre esta burla y lo que se está haciendo actualmente, hay muchas diferencias. La condecoración de los familiares de los jesuitas fue un primer paso, al que le siguió el anuncio oficial de que se pedirá perdón en nombre del Estado salvadoreño. A ello también se le ha sumado la apertura del caso en las cortes españolas. Esto último, puede decirse, ya no se relaciona directamente con el gobierno. En realidad, sí hay mucha relación. En el pasado, un anuncio de esta naturaleza hubiera sido descalificado por el gobernante de turno, quien aduciría el manido argumento de «esto es abrir heridas del pasado», y quien habría puesto en marcha el aparato mediático, político y diplomático para proteger a los responsables del crimen. No es este el caso.

El partido ARENA, sumido en una crisis política que parece terminal, ha intentado disipar la atención promoviendo la interpelación del ministro del Interior. Pero sucedió el caso del interpelador interpelado.

Por eso, pensamos que esto es un paso del reconocimiento a la revolución. El desmontaje de las estructuras de impunidad es parte de la revolución que el país necesita. Esto no se dará solamente por decreto oficial. Se dará precisamente por la lucha de la sociedad salvadoreña por la verdad y la justicia. Todos estos signos de esperanza que estamos presenciando son el resultado de décadas de luchas sociales y políticas.

* El original dice «Vivimos» (3000)

De la hostia, la sangre y la arboleda Francisco Andrés Escobar

I
La grama tiene sangre en la pupila
y grumos de sustancia el muro inerte.
Linfá dolida reptá entre las hojas...
¡Y una gran pesadumbre en la arboleda!
Quebrado el cuerpo, y más ausente
el alma,
rotos los verbos por injusto fuego.
Tiñe la muerte con su caldo el suelo...
¡Y una gran pesadumbre en la arboleda!

II
Ya no puedo atajar este silencio.
Se me escapa la voz del mudo duelo,
pues si el temblor no vino ante el despojo
y hasta mudos mis ojos parecieron,
es porque, a veces, el dolor nos vuelve
como estatuas de mármol, o de yeso:
cierra el párpado el dique de pesares,
el labio sella su palabra agreste,
sonámbula frialdad apresa el cuerpo
y el alma vaga sobre extraña fiebre.
No quiere maldecir. No es la blasfemia
el clamor de los labios taciturnos.
Ni los señalamientos. Ni los retos.
Ni las reivindicadas consecuencias...
Es otra cosa... ¡Dios!... es otra cosa...
... imi pozo de dolor se enraíza adentro!...
¡Es la noche del débil peregrino
al extraviar la luz de su sendero!

III
Usted, mi don Ignacio, era otro padre:
padre de quien no tiene más que sueños,
padre de quien no habla porque el miedo
le cercena la voz, le mata el gesto.
Usted, mi don Ignacio, era otro padre:
padre de estos eriales y senderos
donde, escasa la luz y corto el verbo,
el mal se ensaña entre los más pequeños.
A usted, mi padre Ignacio, no lo oyeron.
A usted nos lo mataron... así... en seco...
y hoy nos queda esta sangre
barboteante...

¡Y una gran pesadumbre en la arboleda!
Usted dejó su España, don Ignacio,
y optó por el dolor de esta otra tierra.
Y aquí, mi gran rector, en este insomne
país de las insidias y violencias,
país de las conjuras y denuestos,
- ¡país simiesco de alarido y miedo!!
usted su verbo iluminado
y en sangre dio su aurora más cimera.
Usted vino con Rahner y Zubiri
acobijados en morral de sueños.
Y buscó interpretar las realidades,
e imponer la razón como criterio
para encarnar de Dios su mandamiento
de empezar en la historia el alto Reino.
Usted, mi don Ignacio - el Unamuno
de esta su Salamanca que acompaña
la pasión y la sed salvadoreñas -
se internó en la verdad más dolorosa,
descendió a sus raíces más primeras,
y luego la entregó como maestro,
o la vertió en palabras de profeta.

Usted hubo de habérselas, maestro,
con la ciega corriente de los odios
donde luchan los hombres por poderes
colocados en márgenes opuestos.
Y allí quiso mediar. Y confundieron:
vieron la espina en el lugar del beso.
Y en vez de aprovechar su augusta estirpe
para ordenar "la patria mal vivida"
- Como dice otro grande entre poetas -
trajeron a la muerte por consorte,
cegaron con el odio su ojo ciego,
y en la noche de sombras y alaridos
fundieron la esperanza en el silencio.

IV
Usted reposa ahora, don Ignacio,
con Amando, el arcángel consejero;
con la "fe y alegría" de aquel Lolo;
con Segundo, el de barbas de dios Zeus.
Con Pardito, silente y laborioso
que alcanzó a Dios en su correr eterno;
y con Nacho, conciencia inquisitiva
que ha de encuestar los ángeles del cielo.
Allí descansan de este rudo tiempo
de congoja, dolor, llanto y miseria,
y desde el gran martirio atribulado
defienden a la vida en esta tierra.
Elba y Celina, lirios de este pueblo,
reposan más allá de su silencio:
ellas volvieron a su lar amable
a dormir en la tierra primigenia.
Yo voy a recordarlo, don Ignacio,
con su paso sereno en la arboleda,
con la hidalguía del perfil altivo
con que viste el Creador al intelecto.
Con sus manos ungidas en aceite
votivo de las hostias y las letras.
Con sus ojos certeros y aguileños,
con la razón de escudo sobre el pecho
y el inflamado acento sobre el verbo.
Así habrá de vivir, mi padre Ignacio,
alumbrando las voces y el silencio,
iluminando inviernos y veranos
de esta casa que es suya, de este tiempo
cuando el fragor oscuro de la sangre
la paz responda con celestes ecos.

V
¿Qué más puedo decirle, don Ignacio?
¿Qué la luz de la tarde besa el muro
con el perdón del beso comprensivo?
¿Qué furor por furor no es justa vía
para aplacar daimones y delirios,
y que debe brillar, sereno y limpio,
el justo sol, en su alma tan querido?
Los brazos de la cruz, en el ocaso,
extienden ambiciosos sus dominios
con el perdón por lanza y por espinas...
... Debo irme pastor... padre... maestro...
para seguir andando los caminos
que llevan al amor y a su ancho alero.
Adiós... y gracias... por palabra y vida...
Gracias... por el martirio sacrosanto...
Quede con Dios. El lava sus heridas.
¡Adiós, mi gran rector, mi don Ignacio!

Crespín: Color y Pasión

Jaime Barba | Escritor salvadoreño

Augusto Crespín es un pintor sin concesiones. Quiero decir, es un terco creador que no trafica con su arte. Cuando nos conocimos, en 1980, mientras transcurría un alucinado diluvio en la ciudad principal del valle Central costarricense, ya estaba imbuido del color que ahora, más de veinte años después, lo coloca en una posición privilegiada en el contexto de la plástica nacional.

Y su color nace de su pasión. Un artista auténtico, y Augusto lo es, no puede ser ajeno a los avatares del tiempo que le ha tocado vivir. Las alambradas que al principio pintó, los rostros desencajados y cargados de angustia, en aquel tiempo simbolizaban la férula y el garrote y el anhelo. Pero el trabajo de Augusto no se congeló, evolucionó. Se llenó de más color. De más vida. Viajó por el mundo. Y entonces pintó las frutas voladoras, la mujer acarreado fragmentos de cielo, los paisajes de un nebuloso verde cerrado y los homenajes íntimos que hace a los amigos, sus «pasieros», que ya no están. Todo eso es un claro testimonio del artista que no ha arriado su estética. Que no se dejó arrullar por los cantos de sirena. Y que supo nadar y nadar para que la flor fuera, para que el río siguiera.

Cuando a veces conversamos, bajo la capa de las noches de la ciudad que nos flagela, parloteamos y despotricamos contra estulticia, nos reímos hasta el hartazgo de la trágica suerte de la plástica y la literatura nacionales. No hay lamento. Recordamos. Añoramos. Me habla con respeto de sus años con Valero Lecha y todo lo que aprendió bajo su magisterio. De su hermano Bernabé, a quien admira y quiere. De sus dos Silvios (el trovador del Caribe y su hijo). De Salarrué y Roque. Y con un nudo en la garganta bosquejamos el aliento vital de amigos a los que quisimos hondo, como Alfonso Hernández, que un noviembre de 1988 la guadaña severa le arrancó de un cuajo la cabeza.

Siempre son malos tiempos para el arte. Lo sabe Augusto y por eso persiste. Es un redomado soñador que como el maquilishuat brota por donde menos parece. No tiene idea- ni le preocupa- si mañana sus cuadros alguien los adquirirá. Igual, él pinta como un poseído. Lo que le aterra es no decir nada, llenar lienzos de infames figuras y colores fofos para satisfacer la hueca exigencia del marchante o la sosa vanidad del comprador. Augusto pinta para emerger. No para decorar. Es siempre un diálogo el que entabla. Toma y obliga, como dice el tango.

La pintura, la literatura, la música solo pueden desplegarse con absoluta libertad si los artistas que las fraguan también son libres. Si no rinden tributo a ídolos o a fantasmagóricas jerigonzas ideológicas. Augusto pinta con libertad. Dice lo que le abrasa y lo hace con pericia.



Augusto Crespín. El gran viaje, 2003, acrílico-lienzo.

Este es el Augusto Crespín que conozco, el artista plástico que no ha colgado los guantes ni está tirando la toalla. Vive al margen de los grandes flujos que emanan de los pinches poderes. Pero tiene el poder del color y nos lo da en cada trabajo. Y además, es mi amigo, mi hermano. Y lo abrazo.

San Salvador, 19 de febrero de 2002

Existe un disfrute al ver, entender e interpretar la poesía pictórica.

A partir de este concepto creo que encarrile mis intenciones cuando el último año de la década de los sesenta, con apenas trece años, comencé a estudiar la disciplina del dibujo y la pintura con el maestro de lo humano y de la pintura en El Salvador.

Don Valero Lecha

Vivir en El Salvador en la década de los Ochenta fue una experiencia sobrecogedora para la sensibilidad, el precio de lo temporal se vuelve mas valioso cuando señalas y dejas constancia de lo visto y vivido por hacedores de sueños como mi amigo Alfonso Hernández que me mostró el sendero al mundo de Kundera, Joyce, Sábato, Cortázar, Vallejo y otros grandes de la literatura.

El arduo tránsito de permanecer

A Crespín

Por un periodo de cinco años atendí sus enseñanzas y consejos sobre la forma, el color, la profundidad, la atmósfera, la transparencia, la luz, la sombra y evitar el uso excesivo del blanco para iluminar el espacio pintado.

Fueron años de arduo trabajo, pero de disfrute pleno porque me encontraba haciendo lo que me gustaba, es decir, pintar y dibujar.

También asimilé en Costa Rica la mística de la técnica del grabado con dos maestros japoneses Hodaka Yosida y Futaba Ando.

Después empecé a exponer individualmente y a viajar para divulgar mi trabajo, también a aprender de la cultura de otros países.

Viví en Guatemala y México, donde pinté escenas populares, personajes de mercados, transeúntes, cúpulas coloniales, alambres de púas, rostros meditabundos en plazas cafeterías y estaciones de trenes buses y metros.

Amanecí por varios años en Costa Rica, Panamá, Colombia y Ecuador, esta permanencia me permitió explorar el tema vivencial de lo cotidiano.

En este periodo surgieron series de dibujos muy controversiales: «La Canción de Nosotros», «estética y Violencia», «Escenas del Subterráneo» y otras.

Vivir en El Salvador en la década de los Ochenta fue una experiencia sobrecogedora para la sensibilidad, el precio de lo temporal se vuelve mas valioso cuando señalas y dejas constancia de lo visto y vivido por hacedores de sueños como mi amigo Alfonso Hernández que me mostró el sendero al mundo de Kundera, Joyce, Sábato, Cortázar, Vallejo y otros grandes de la literatura.

En años recientes cualifiqué inviernos, primaveras, veranos y otoños en museos y bulevares de Alemania, Holanda, Dinamarca, Francia y Canadá.

Experiencia importante, ya que el artista entre más vivencial es, más elementos tiene para proponer sus visiones, porque las digiere, las interpreta según sus propios puntos de vista, porque el buen arte es calidad estética e ideas que comunicar.

Meditando sobre lo que implica nuestra cotidianidad en la actualidad, he pintado series de acrílicos y óleos donde interpreto los bosques de mi niñez, cerca de San Salvador y que ahora son difíciles de encontrar por la desordenada expansión de la ciudad.

Septiembre de 1998

La luna habla, la luna canta...

Gabriel Moraes | Escritor salvadoreño

Mi abuela, la mamá de mi mamá echó raíces en otra ciudad demasiado distante a nuestra casa, hogar de mis recuerdos donde mamá y papá me criaron entre alegrías y tristezas.

Transcurrieron los años, crecí y a mi siempre me gustó estar alrededor de las personas mayores, más bien escucharlas porque puedo conocer secretos e historias que ya no se hallan en los libros; durante toda su vida guardan sus anhelos como guardar lo inolvidable, los atesoran, los pulen con la misma paciencia como se afina la arena ola tras ola y cuando ya están terminados, los comparten narrándotelos y acompañándose de una taza de café.

Mamá Yana se me murió lejos de los ojos, y dentro se me quedó el dolor de no haberla visto de manera continua; además de nieto por sus manantiales rojos corriendo bajo mis venas, me hubiera encantado en el tiempo y sus sentimientos, ser sus días y noches cercanas y queridas, su niño bonito, favorecido por sus amores, cariños y enseñanzas.

En épocas pasadas, aseguran quienes la conocieron, heredó grandes propiedades, pero como nunca tuvo la oportunidad de aprender a leer y escribir, aprovechándose de su inocente mirada, por míseros espejos alguien la conquistó para que pusiera sus dedos de sangre y pétalos en blanco papel; el documento cayó en manos perversas y dándole un beso en la mejilla, mi abuela fue entregada en los tribunales donde juez y colegas le robaron lomas, prados y poteros; hasta los gallos dejaron de despertar las mañanas porque se los madrugaron también.

Mi abuela sabía que yo idolatro el café de palo, servido en un porroncito de barro, humeando y recién sacado de la olla...

- Ve a que está rico

- Está de reyes

- Y con esta brisa que sopla, cae de perlas

Mira la luna llena de luz, mujer bendita, te voy a contar un cuento acerca de ella:

La luna habla. La luna canta. Cuando las manos escriben, es porque el espíritu del corazón tiene la magia de escuchar en el silencio, así nacen los poetas y la poesía.

Esas canciones que oyes allá apenitas dentro de tus oídos cuando pones la cabeza en tu almohada, es porque quien está cantando no es nadie más que la luna; los artistas no hacen otra cosa sino repetir la letra y saludar con sombrero ajeno.

Si la ventana permanece abierta o hay un resquicio en el techo por donde pueda entrar un rayo de luz, el entusiasmo la ilumina doblemente porque vuelve a ser madre, como en los primeros días después de salir del paraíso. De ahí viene aquello que cuando los niños duermen, rien o dicen jerigonzas es porque, acercándose sigilosa les da mimos o te quieros.

Hay noches que hasta algunos perros la oyen, mueven la cola y aúllan como respondiendo al llamado de alguien que los cuida y les quiere. Si hasta en la lejanía del horizonte, otros animales y los pájaros ha-



cen ruido cuando va diciéndoles adiós montada en los caballos negros de las sombras.

Esas ocurrencias que los marinos cuentan acerca de cantos de sirenas es mentira, no son tales mujeres mitad humanas y mitad pez, es la luna la que entona dulces melodías; y si se pierden en las profundidades del mar no es por ella, es porque sus propias maldades y temores les transforma los remordimientos en una enorme piedra, haciéndolos naufragar.

También afirman leyendas auténticas, que el brillo de su luz proviene de su pareja, juntos comieron del fruto del amor, y como son de los pocos que han escuchado y visto al creador de todas las cosas, llegado su momento, la muerte no los pudo tocar; por eso Adán fue puesto en el sol y Eva en la luna para seguir cuidando, por los siglos de los siglos, a los hijos que se quedaban en la tierra.

Cuando estés triste, solo y ya no encuentres el consuelo de tu madre por ninguna parte; mírala bien a la señora de las estrellas y el resplandor... acércate con el corazón y sentirás que te carga en sus brazos, que te habla, que te canta y te duermes otra vez en su vientre.

Hijo nunca dejes de soñar porque en el momento que los titubeos sean los dueños de tu pensamiento, en ese instante perderás el camino a tu destino, dejarás de ser esencia y conciencia para volverte una mentira de hombre que no sabe ni siquiera de donde viene y para donde va.

Si Eva es la luz del Creador, su regocijo nos sonrío desde la luna, porque es la madre de todos nosotros, pero un día... ella será tu verdadera madre y vos el hijo que se lleva en el alma hasta el final de los tiempos.

Mírala hijo, por ahora me veras a mí, y te acordarás de lo poquito que juntos vivimos, mi regalo es este para que lo compartas con los que no dejan de soñar y luchar por un mundo mejor.

Vea y lea El retorno de los poetas muertos

Manuel Vicente Henríquez B. | Escritor salvadoreño

«Creen que si los escritores sufren serán mucho mejores. El sufrimiento es exactamente igual que cualquier otra cosa: si te dan demasiado, al cabo de un tiempo puedes hundirte. Es el intento de escapar del sufrimiento lo que crea grandes escritores».

Charles Bukowsky

En mi rutinario navegar por el ciberespacio, por ser parte de mi trabajo, entré hace un par de días al sitio web del semanario *Contrapunto* y, revisando la sección cultural, me encontré con una gratísima sorpresa. El tema de su suplemento cultural, para este mes, es el de los poetas caídos durante los doce años de guerra que vivió el país.

El verso y la pólvora se titula esta antología que intenta rescatar del olvido, no solo literario, a un total de 12 poetas, quienes alternaron el uso del fusil y la militancia política con la poesía.

«*El verso y la pólvora* es una antología de poetas –hombres y mujeres– que fueron asesinados o desaparecidos durante el conflicto armado que vivió El Salvador. Unos murieron mientras realizaban acciones militares, otros fueron secuestrados para posteriormente ser asesinados y hubo otros que corrieron la triste suerte de ser liquidados por sus propios compañeros de armas», se lee en la presentación de la antología.

Dicho proyecto nació como un tema a desarrollar dentro del suplemento cultural que el semanario publica mensualmente; sección que ha tratado cuestiones sobre la pintura nacional, la poesía joven y la poesía femenina, entre otras. La iniciativa es un trabajo conjunto entre todos los que laboran en la sección cultural de *Contrapunto*, bajo la conducción del periodista y joven poeta, Tomás Andreu.

La investigación busca –y a mi juicio lo logra– retomar la obra de estos poetas y darle su justo valor literario e histórico. Además, otro aspecto importante de la antología es que difunde los textos de poetas como Arquímedes Cruz, Amada Libertad y Alfonso Hernández, por mencionar algunos, los cuales son casi desconocidos por el gran público nacional. A excepción de Roque Dalton, los demás antologados no han sido publicados por las editoriales salvadoreñas, salvo pequeñas ediciones familiares o de editoriales alternativas. De ahí el valor de esta antología.

Al leer los poemas y las pequeñas reseñas biográficas de esos malogrados poetas, no puedo evitar pensar en las decenas de artistas, escritores, poetas y periodistas que perecieron a causa de las guerras, los odios internos y la violencia que ha corroído durante años el subcontinente: El cantor chileno Víctor Jara, ejecutado por la dictadura pinochetista; Haroldo Conti, escritor y periodista, desaparecido por la dictadura de Videla, en la Argentina. La lista es larga; escritores que, parafraseando a Rodolfo Walsh –otro argentino asesinado por los militares–, fueron fieles al compromiso de dar testimonio en tiempos difíciles.

En esta antología, encontramos cómo la soledad, el desamparo y el desamor son temas recurrentes de estos poetas. Acaso por andar con la muerte a cuestas, estos poemas destilan fatalidad.

Epitafio

Cuando muera
no me iré del todo
quedaré en tus anhelos e ideales
quedaré en las letras que un día
escribí en el odio
estallaré en mil y más auroras
y seguiré amaneciendo
en la conciencia afilada de todos.

Nos decía Amada Libertad, caída en combate en el volcán de San Salvador, en 1991, apenas un año antes que finalizara la guerra. Y así podemos encontrar poemas bellamente dolorosos en Mauricio Vallejo, Jaime Suárez Quemain o Lil Milagro Ramírez.

Por otro lado, es de hacer notar que casi la totalidad de los crímenes en contra de estos poetas permanecen en la más completa impunidad. Todos estos asesinatos no han recibido sanción y los autores permanecen en libertad. Los asesinos andan sueltos y las víctimas siguen clamando justicia.

El verso y la pólvora es, pues, una antología que merece la pena ser leída, para que aunque sea de esta manera, como agradecidos lectores, demos justicia y reconocimiento a quienes aún después de muertos se les sigue negando.



El poeta

Sergio Gutiérrez

Esclavo de sus letras, camina libre el poeta. Balanceándose entre lo real y lo absurdo, jugando con nuestra imaginación, volviéndose adicto a la imagen de nuestros labios murmurando sus escritos.

Fundador de quimeras y utopías, de verdades y mentiras, de blasfemias y doctrinas. Rebelde de sí mismo, negándose a la auto complacencia, convidándonos a formar parte de su mundo etéreo, casi palpable, imperfecto. Pregonando caricias al viento, moldeando figuras difusas montadas sobre escenarios reales.

Sus escritos son elixir de agonías sutiles, que desencadenan misterios perpetuos como fugaces, clavijas imaginarias de la guitarra que todos tocamos a diario; pero él muere en el intento de comprender más allá de su simple arpegio, de su hueca moldura, de sus tantos recovecos. Dicta encrucijadas que alimentan su desvelo y sueña despierto aún cuando sigue durmiendo.

Recorre las veredas de los campos muertos y las tilda de oportunidades olvidadas por aquellos desganados de vivir; aquellos usurpadores de deseos, los que ríen con una lágrima naciendo de su alma. Compadecce los amores tilitantes de frío que se desvanecen por la falta de calor, ese calor primaveral que solo se siente cuando la lluvia arrecia por la llegada de las ansias, esas que dan ganas de todo y de nada, la conformidad que busca adormecer los amaneceres sedientos de compañía, la misma que diseño las camas individuales, la misma que atormenta el recorrido de las venas hacia el corazón que desea algo más que latir.

Sus musas son tan variadas como puntuales, provienen de sus ganas de vivir en ellas, de morir por ellas; sus musas pesan más que su propio cuerpo, pero las lleva con orgullo y pasión. Las observa deleitándose en su complejidad, esa complejidad que el mundo reconoce como trivialidad. De sus musas se desprenden fragancias cándidas que revolotean en su nariz y se vuelven espejos destellantes que surcan su imaginación.

Orador del alimento del alma, de las palabras que cruzan fronteras, de argumentos que convergen en las ideas que todos creímos y nadie mencionó. Aliado de las promesas inquebrantables que algún día él mismo rompió, las promesas que ahora defiende con honor, las que le verán morir de tanto dolor, al verlas empolvadas y en sus paredes telas de araña porque nadie nunca escuchó.

Bebe el sabor amargo de su hiel para comprender así el cínico beso del saber, el conocimiento de saberse ignorante en un mundo de conocimientos audaces, vivos, controversiales y delirantes. Reconociendo con su mirada al suelo que nadie pretende más allá que respirar, vivir para sí, dejar huellas de reconocimiento para que su nombre se mencione aún después de la muerte, y tener la convicción de no saberse olvidado.

¿Hay más después de ser poeta? Probablemente se esconde un mundo simplista y fugaz, que no se atreve a mirar para atrás, que dictamina su suerte según las piedras que ruedan en el camino hasta su destino. Pero, ¿hay más algo más después de ser poeta?, es muy difícil de descifrar porque seguramente quienes lo lograron se estancaron a propósito en las cuencas de sus ojos, para no ver lo que la gente ve: los pasillos vacíos, los mares salados, el propósito de las guerras, los llantos mudos que nos condenan a vivir con un nudo en la garganta y no permiten gritar.

El poeta vivirá siempre de lo básico, no necesita más para encontrar todos los colores con los que se pinta la felicidad, esa que viene en trozos pequeños y que nos es difícil identificar. Le valdrá la pena la espera de coincidir con un par de versos, cuando en una voz desconocida se dibujen las líneas que su menté trazó y sus manos dieron forma.

Valdrá la pena cuando alguien sonría y vuele con las alas que el poeta proporcione, aún cuando sean provisionales, aún cuando sean de papel. Volará el lector a donde el poeta le indiqué. Sentirá la brisa jugando con su rostro, se estremecerá con la piel erizada y sus ojos querrán ver más. Su paladar degustará todo lo que en su escrito se mencionó y sus pulmones se ensancharán al disfrutar de un buen suspiro.

Entonces, el poeta sonreirá y emprenderá su vuelo hacia otras miradas; aquellas que quieran descansar de las cuentas, de las noticias, del velo que cubre la pupila y no permite llorar.



El mimo Laurent Decol

Los actores

Comunicado de un grupo de actores descontentos

San Salvador, 23 de noviembre de 2009.

Los abajo firmantes somos artistas escénicos y alumnos del Taller de Mimo impartido por el maestro Laurent Decol, con el auspicio de la Embajada de Francia en El Salvador, del 16 al 20 del presente mes en las instalaciones de la Alianza Francesa de San Salvador.

Dentro de las actividades a realizar por el maestro y como parte del Taller de Mimo, se programó una función del maestro Decol y alumnos del taller, en el Palacio de las Artes de Santa Tecla, el día jueves 19 de noviembre del corriente año, a las 7:30 p.m., actividad que fue publicitada a través de medios de comunicación radiales, televisivos, escritos y virtuales y para el cual, Alianza Francesa realizó la gestión del espacio con un mes de anticipación, sin que el director del Palacio, Sr. Julio Villarán, hiciera observaciones al respecto.

El día 19 nos hicimos presentes a las instalaciones del Palacio de las Artes de Santa Tecla, encontrando que en el espacio donde se haría la función, se estaba montando un evento de moda de la Universidad José Matías Delgado, programado en el mismo espacio, fecha y hora que nuestra presentación, informándonos los encargados del evento que el espacio se había solicitado en el mes de julio, por lo que esta actividad ya era del conocimiento del Sr. Villarán al momento de que Alianza Francesa solicitara el espacio.

Ante la ausencia del director del Palacio y luego de una espera de tres horas, las opciones que se nos presentaron para la solución del problema eran totalmente inviables, ya que no garantizaban las condiciones mínimas requeridas para realizar la presentación: condiciones de audio, ambiente y espacio adecuado para actores y público, por lo que la presentación tuvo que ser cancelada.

Como artistas nacionales, no es la primera vez que se tienen problemas de choque de horarios y espacios en eventos programados en el Palacio de las Artes de Santa Tecla, sin embargo esperábamos que por ser este un evento internacional, auspiciado por el cuerpo diplomático, este tipo de problemas no se presentarían de nuevo, dejando muy mal vista la imagen de la ciudad de Santa Tecla y de nuestro país. Deploramos la ineficiencia y desconocimiento del Sr. Julio Villarán, director del Palacio de las Artes de Santa Tecla, en temas de gestión cultural y le responsabilizamos directamente de la suspensión de la actividad.

Es lamentable que, habiendo pocos espacios para el desarrollo de las artes escénicas en nuestro país, un espacio como el Palacio de las Artes, pierda su credibilidad y aliados entre el gremio escénico nacional, debido a los malos manejos de su director. Por lo tanto, pedimos de la manera más respetuosa, en pro del desarrollo del Palacio de las Artes y de las artes escénicas nacionales, que la Alcaldía de Santa Tecla tome cartas en el asunto para que cesen estos problemas, que de persistir, hará que se pierda cada vez más el interés de los artistas por apoyar ese espacio.

Participantes del Taller de Mimo:

Alicia Chong. Actriz independiente.

Ana María Forero. Actriz y productora.

La Jirafa Naranja.

Carlos David Álvarez Rivera. Actor independiente.

Carolina Escamilla. Actriz y titiritera.

Abracadabra Titeres

Danny Portillo. Actor. Grupo Cuentatrapos.

David Fajardo Bolaños. Actor y mimo independiente.

Emmety Pleitez. Actriz. Grupo de teatro Célula.

Graciela Guido. Actriz independiente.

Jennifer Valiente. Actriz y directora. TIET

José Alejandro Lemus. Actor. TESS.

José Carlos Ramos. Teatro Capulesco.

Lorena Saavedra. Actriz independiente.

Marlen Argueta. Actriz. TESS.

Pamela Palenciano. Actriz. La Cocina teatro.

Roberto Carbajal. Actor y mimo independiente.

Sergio Cortez. Actor. Elenco de teatro UCA.

Verónica Saraí Casco Díaz. Actriz independiente.

Roxana Teresa Elizabeth Beltrán de Cantarely.

Escritora.

Poesía precursora: Amílcar Colocho (*)

Luis Alvarenga | Poeta y académico salvadoreño

A Ernesto Flores, por el libro de Amílcar.

Un sinónimo de poeta es la palabra vate. El vate es el que vaticina, el que puede ir más allá de la inmediatez y atisbar horizontes más amplios de la realidad. No es un adivino: es alguien que ve lo negativo de la realidad y propone, desde la poesía, otras formas de vivirla. La poesía es, por lo tanto, precursora. Anticipa un camino distinto para transitarlo.

Esto no tiene nada de magia, ni es producto del genio excepcional del poeta. Es el resultado de su particular intuición, de su perspectiva distinta de ver las cosas.

La poesía de Amílcar Colocho (1965-1990) se ajusta a estos conceptos. Amílcar murió dos años de la firma de los Acuerdos de Chapultepec. Su poesía se anticipa en mucho a la desmovilización ideológica propia de la posguerra y de la necesidad de mantener una perspectiva crítica de la realidad.

En su poema «La paz no se logra sólo con el deseo» dice:

La marcha es un saltar de ojos
dándose tropezones
cada tira de carne arrancada por las
piedras
evidencia la huella de la columna.

La noche se viste de trashumantes
en madre de los que van hacia la luz
nos vamos por las venas de la noche
por sus verdes arroyos como guijarros
toscos
que llegarán a la forma perfecta
—a la redondez del ojo—
a fuerza de rodar hacia la muerte.

Colocho llevaba este poema en la memoria. Algún poeta me contó que Amílcar le pidió prestado el cuaderno que llevaba y se lo dejó escrito, a manera de despedida. Es un recado que dice: recuerden el dolor de los sacrificados. Eso hace ver el título de «hacedor de la paz», como un helado sarcasmo.

Estas cosas siempre resultaron incómodas. Fue muy característico del discurso neoliberal de posguerra el deslegitimar a



Augusto Crespín: Autorretrato Denmark, 1989.

esos «guijarros toscos» que rodaban hacia la muerte. Así, se puso de moda ser «flexible», «pragmático», «antidogmático» y fue malo tener memoria histórica, porque eso significaba que uno era «dinosaurio», «ortodoxo», etc. Los «pragmáticos» de hoy, radicales de ayer, se sentaban con sus otrora enemigos, para ser socios en el olvido del dolor de los vencidos de la historia:

Un loco dijo que quería verlos a todos
reunidos para conmemorar el hallazgo de
la pequeña luz
quería de la mano al victimario y al
asesinado
al amo y al desprotegido (...)

El poema lleva por título «Concertación». La palabra se puso de moda mucho después de que Amílcar muriera. Se puso tan de moda, que se vació de contenido. El poeta nos está diciendo que esa palabra —ya expuesta a su acelerada erosión—, ofrecía lo imposible:

sentados a la mesa
quería que el águila pusiera en fuga a
todas sus cobayas
y en parte la petición fue escuchada
no era posible que la sordera cortara aquél
llamado

La seducción de esa concertación entre

«el victimario y el asesinado», entre «el amo y el desprotegido», manteniendo intactas las relaciones que producen víctimas y



Augusto Crespín: Felicidad relativa, 2004, acrílico-lienzo.

desprotegidos, flotaba en el aire. No había cera tan poderosa que bloqueara los oídos ante los cantos de la Concertación,

mas no todos vinieron
y la concurrencia dictó que el que no calla
Termine este poema.

El que no calla debe terminar el poema, poniendo en él lo que le falta: los nombres de las víctimas del horror. Una de esas víctimas, Monseñor Romero, le provoca al poeta estas reflexiones:

Su nombre no era para retomar y
llevárselo de escapulario,
tampoco para hacer alardes a su memoria
y a la sangre
menos para quedárselo en la bóveda de
los inenabables.

«Ante un pequeño dios» es el título del poema. En las palabras del poeta está el temor a que el martirio de monseñor Romero se convierta en un objeto de beatificación y que pierda aquello que lo hacía tan incómodo: el dar voz a los que se le ha negado el derecho de hacer sentir su voz. Monseñor Romero debe seguir siendo despertador de conciencias:

Su nombre es por sí solo eso; pero apilado
en la
ceniza que nos abofetea sin manos, es
todo un ejemplo
que si no enfilamos no nos alcanza todo
el agua de la lluvia
para quitarnos el olor a cobardía.

De esa materia está hecha la realidad que el poeta vaticinó y en la que comenzó a vivir en sus combates hechos de versos y de jirones de piel.

(*) Este texto pertenece al suplemento cultural del periódico digital **ContraPunto** denominado «El verso y la pólvora: antología de poetas caídos durante la guerra de El Salvador». Visite esta antología electrónica en la siguiente dirección: <http://www.antologia.contrapunto.com.sv/> en ella encontrará testimonios, música, poemas, audios y artículos de opinión sobre poetas como Roque Dalton, Lil Milagro Ramírez, Jaime Suárez Quemain y de otros hombres y mujeres que cultivaron con belleza, compromiso y sangre un nuevo escenario socio-político para El Salvador.



DIRECTORIO

Director de Diario Co Latino
Francisco Elías Valencia

Suplemento Cultural **Tres Mil**,
Diario **Co Latino**
23a Avenida Sur # 225,
San Salvador, El Salvador, C. A.

Telefax: (503) 2271 0822
Teléfono: (503) 2222 1009

Coordinador general | Editor | Diseño y diagramación: Otoniel Guevara
Coordinador Aula Abierta: Vladimir Baiza
Investigación y archivo: Roberto Deras
Entrevistas: David Juárez
Información: Mauricio Vallejo Márquez
Graficación: Camilo Fonseca
ADECA: José Antonio Domínguez
ALBA Escritores: Pablo Benítez

COLABORADORES
En El Salvador: Tomás Andreu | Edgar Alfaro | René Chacón | Néstor Durán | Alvaro Darío Lara |
En el mundo: Carlos Ábrego (Francia) | Luis Manuel Pérez Boitel (Cuba) | Javier Campos (Estados Unidos) | Norman Douglas (Panamá) | Gabriel Jaime Caro (Colombia) | Víctor Rojas (Suecia) | Silvia Favaretto (Italia)

Las opiniones vertidas en los textos son responsabilidad de sus autores. No nos responsabilizamos por la devolución de originales no solicitados, ya sean textos o imágenes en cualquier soporte posible. Toda colaboración deberá enviarse por correo electrónico a:

culturatresmil@yahoo.com.mx

